

NOTAS

- (1) B. F. SKINNER: «Autobiografía I. Detalles de mi vida», págs. 394, 401, 405, 406, 407.
- (2) B. F. SKINNER: «Autobiografía II. Cómo se forma un conductista», págs. 43, 44, 45, 52, 54.
- (3) B. F. SKINNER: «Autobiografía II. Cómo se forma un conductista», pág. 20.
- (4) B. F. SKINNER: «Ciencia y conducta humana», pág. 51.
- (5) B. F. SKINNER: «Ciencia y conducta humana», pág. 67.
- (6) B. F. SKINNER: «Ciencia y conducta humana», pág. 56.
- (7) B. F. SKINNER: «Ciencia y conducta humana», págs. 284, 304.
- (8) B. F. SKINNER: «Ciencia y conducta humana», págs. 142, 145.

- (9) B. F. SKINNER: «Sobre el conductismo», págs. 207, 208, 209.
- (10) B. F. SKINNER: «Sobre el conductismo», págs. 144, 145.
- (11) B. F. SKINNER: «Sobre el conductismo», págs. 68, 69.
- (12) B. F. SKINNER: «Sobre el conductismo», pág. 53.
- (13) B. F. SKINNER: «Sobre el conductismo», págs. 162, 170.
- (14) B. F. SKINNER: «Más allá de la libertad y la dignidad», pág. 30.
- (15) B. F. SKINNER: «Más allá de la libertad y la dignidad», págs. 134, 198.
- (16) B. F. SKINNER: «Más allá de la libertad y la dignidad», página 189.
- (17) B. F. SKINNER: «Ciencia y conducta humana», pág. 395.
- (18) B. F. SKINNER: «Walden Ros», págs. 21, 22.

SKINNER:

ALGUNAS REFLEXIONES PERSONALES

Enrique Dalmases Castellote

Psicólogo clínico. Terapeuta de conducta

liza, los vehículos en los que se desplaza de un lugar a otro, la mayoría de las cosas a las que presta atención y que oye son, en definitiva, productos humanos.

• El ambiente social, obviamente, está construido por el hombre, genera la lengua que una persona habla, las costumbres que sigue y la conducta que lleva a cabo con respecto a las instituciones que la controlan, sean éstas de tipo ético, religioso, político, económico, educativo o psicoterapéutico.¹⁶

En algún momento, instancias como el gobierno o la religión han visto cierta amenaza en la labor terapéutica, ¿cuál es su opinión al respecto?

Las técnicas de que disponen las instancias religiosas y gubernativas son sumamente poderosas y con frecuencia se utilizan mal, siendo los resultados perjudiciales tanto para el individuo como para el grupo. Por tanto, es necesario que exista un cierto grado de contracontrol por parte de la Psicoterapia u otro sistema similar. Sin embargo, difícilmente puede considerarse al terapeuta como

una seria amenaza para las instancias religiosas y gubernativas, puesto que las variables que puede controlar, son relativamente débiles, y que debe trabajar.¹⁷

¿Piensa usted doctor Skinner, que la aplicación de los principios del conductismo, en un plano social, puede ser una respuesta a las múltiples amenazas que sufre el mundo actual?

La disyuntiva es clara; o nos quedamos sin hacer nada y dejamos que nos devore un futuro nefasto, tal vez catastrófico, o nos servimos de nuestros conocimientos sobre la conducta humana para crear un ambiente social en el que podamos llevar una vida productiva y creadora sin malbaratar las posibilidades que los que han de seguirnos puedan tener para hacer lo mismo que nosotros.¹⁸

Pensamos que realizar esta entrevista podría haber sido una de las experiencias más fascinantes en la vida de cualquier psicólogo. Desafortunadamente, desde finales de agosto de 1990 este deseo se convirtió en un imposible.

El reciente fallecimiento, el pasado agosto, de Burrhus F. Skinner representa para la Psicología contemporánea la pérdida de uno de sus pilares fundamentales. Máximo exponente del Conductismo, Skinner es sin duda uno de los autores más controvertidos y polémicos del presente siglo, así como uno de los investigadores de mayor repercusión en el panorama científico actual.

Inició sus estudios e investigaciones en la prestigiosa Universidad de Harvard allá por la década de los 30, y desde entonces ha sido un autor de permanente actualidad y de cita obligada, tanto por sus segui-

dores, que son muchos, como por sus detractores, también numerosos. Este dato, el haber logrado —a lo largo de casi 60 años— no pasar nunca desapercibido, da clara idea de su significación.

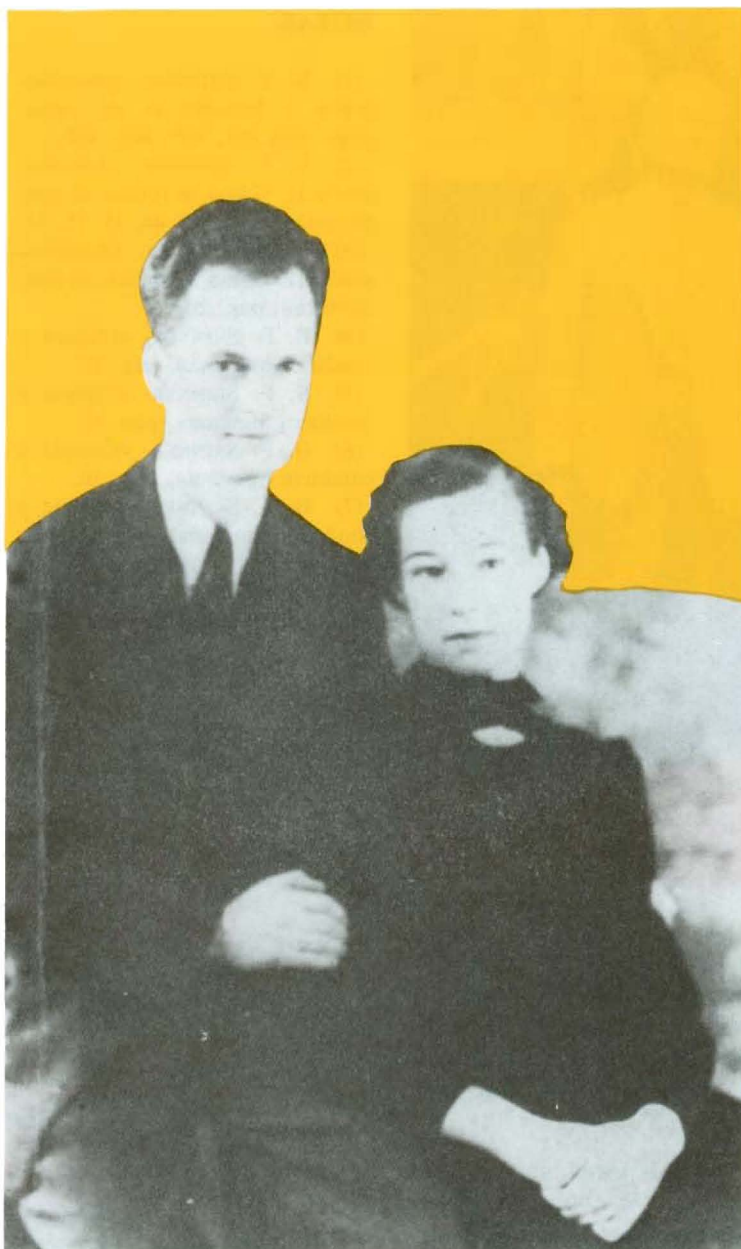
Nunca nadie, con la excepción del fundador del Psicoanálisis Sigmund Freud, ha conseguido reunir en su persona tantas críticas y elogios, odios y fervores, cualidad ésta que parece reservada a los «grandes» de la Psicología, a aquellos que con sus teorías e investigaciones, ampliaron los límites del conocimiento de la compleja naturaleza humana.

A partir de los estudios de al-

gunos autores que le precedieron, como Pavlov, Thorndike, Watson (iniciador oficial del movimiento conductista) y muy influenciado por el neopositivismo filosófico, Skinner pretendió elaborar —y lo consiguió plenamente— un sistema psicológico científico basado en la observación y la experimentación rigurosas. Pensaba Skinner (creencia compartida por todos los conductistas) que el objeto de estudio de la Psicología debía ser la conducta, definida simple y operativamente como «lo que un organismo hace, o de forma más rigurosa, lo que otro organismo observa que hace»¹ y que por tanto es susceptible de registro y cuantificación.

Frente a una tradición psicológica basada metodológicamente en la introspección y frente a otras escuelas o sistemas orientadas hacia una consideración de los elementos internos, subjetivos e incluso inconscientes del psiquismo, Skinner invirtió el proceso y consolidó lo que iniciara Watson, es decir, el análisis del individuo «desde fuera», a partir de las circunstancias y situaciones del ambiente (estímulos) que determinan su comportamiento; y ello porque la conducta consiste, en definitiva, «en actuar o relacionarse con el mundo exterior».² Estas condiciones ambientales, tanto las que anteceden a la conducta como las que se derivan de ella, ofrecían, dada su condición de externas, la enorme ventaja de poder ser de alguna manera manipuladas y controladas.

Su preocupación por el rigor y la objetividad, por huir de la especulación y por convertir la Psicología en una disciplina científica, le llevaron a no considerar —deliberadamente— en su investigación otros aspectos, tales como los procesos de pensamiento, las emociones o la motivación, que en tanto entidades o constructos no observables eran inaccesibles mediante un abordaje científico. Esta evidente simplificación del campo de estudio no es exclusi-



vamente debida —como muchos erróneamente creen— al énfasis de Skinner en las cuestiones metodológicas, sino que se fundamenta también en un posicionamiento teórico previo, esto es, la interpretación de los fenómenos internos y privados del organismo como realidades físicas, que se rigen por las mismas leyes que la conducta manifiesta.³ Como Skinner señaló: «No necesitamos suponer que los hechos que acontecen dentro de un organismo poseen, por esta razón, propiedades especiales; un hecho interno se distingue porque su accesibilidad es limitada pero no, que nosotros sepamos, por una estructura o naturaleza especiales».⁴

La insistencia de Skinner en

el control conductual y esta omisión —que NO negación— del mundo de lo privado, de lo subjetivo, de aquellas variables calificadas por él mismo de «mentalistas», le valieron una enorme cantidad de críticas y una injusta condición de «manipulador-dictador» (en una revista de temas afines a la Psicología incluso le tachaban de «tirano») que por extensión se aplicó a toda la escuela conductista.

Esta mala imagen se hizo aún más patente a raíz de las ideas expresadas en alguna de sus obras de divulgación general. Skinner, que antes de interesarse por la Psicología estudió Literatura, mostró siempre dotes de gran escritor y comunicador, lo que le permitió tras-

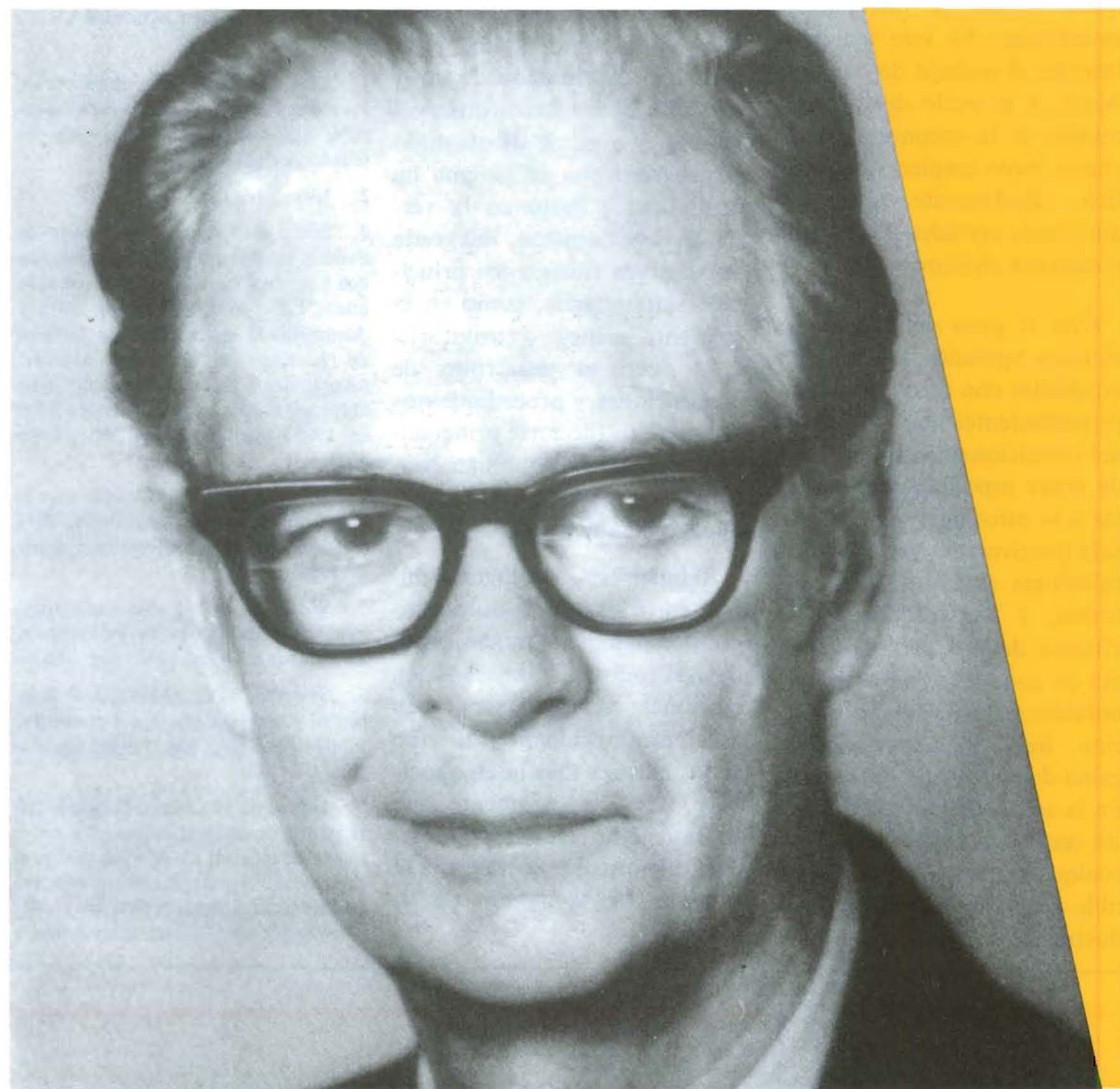
pasar los límites de la comunidad científico-psicológica y llegar a un público mucho más numeroso. Prueba de ello es que uno de sus libros, «Más allá de la libertad y la dignidad» (1971), se convirtió en un auténtico best-seller en Estados Unidos. En esta obra, polémica ya desde su título, Skinner, en estrecha relación con su trabajo experimental, expone su concepción del hombre y de la sociedad, y defiende una forma de control sobre los comportamientos, una tecnología de la conducta como el mejor sistema para terminar con los problemas del ser humano y conseguir su felicidad. Esta idea, que ya había sido presentada años atrás, bajo forma de novela en «Walden Dos» (1948), provocó alarma y casi pánico, al considerarse que Skinner propugnaba una cierta «robotización» de la persona, a la que había despojado de sus atributos y valores más auténticos (autonomía, dignidad, responsabilidad...). También fue criticado en base a lo que algunos interpretaron como una concepción demasiado simplista y elemental del ser humano.

Es cierto, personalmente así lo creo, que la visión del hombre que se ofrece en esta obra puede resultar bastante fría y distante, pero en absoluto puede ser calificada de simple. Skinner ha señalado en repetidas ocasiones que el hombre es un organismo de una complejidad extraordinaria y que cada individuo es único e irreplicable, resultado de una historia de condicionamiento igualmente única. Por otra parte, considero acertada la opinión de Wolman de «que lo omitido por Skinner puede representar una gran parte de los problemas más importantes de la conducta humana»,⁵ pero tampoco es menos cierto que a los muchos críticos que se quedaron en esta obra y no indagaron más en su ya extensa bibliografía, se les pasó por alto lo más importante, la «bondad» de los objetivos de Skinner, máxime si se pierde tam-

bién de vista su principio general de que toda conducta está siempre en función de las circunstancias ambientales. No se trata por tanto de inventar el control, que por expresarlo, de algún modo es preexistente, sino de «analizar y modificar las clases de control a que los hombres quedan expuestos»,⁶ con vistas a mejorarlo y adecuarlo para el mejor desarrollo de la comunidad.

Siempre he pensado que con Skinner se cometieron idénticos graves errores que con su «antónimo» de escuela Freud, el del conocimiento parcial y la generalización excesiva. No deja de resultar sorprendente la semejanza, en cuanto a incompreensión y descrédito fácil, entre ambos autores, tan distintos por otra parte en su concepción de la naturaleza humana. De todas formas y como bien escribiera el ensayista y poeta inglés Joseph Addison: «En un hombre eminente es loca pretensión pensar escapar a la censura, y debilidad ser deprimido por ella».

Tampoco debe interpretarse con esto que todas las críticas a Skinner sean injustificadas. Convendría, para matizarlas, distinguir entre aquellas que proceden de otras orientaciones teóricas, y las que podríamos denominar «internas» al propio movimiento conductista. Entre las primeras —y es algo válido para todas las escuelas— abundan las viscerales, que como tales son un tanto irracionales y suelen provocar inútiles enfrentamientos. Afortunadamente también las hay documentadas y autorizadas,⁷ e incluso algunas que han dado origen (con las contracríticas que suscitan) a sugerentes debates en torno a las concepciones teórico-filosóficas subyacentes.⁸ Pero las más incisivas y fructíferas hay que buscarlas entre las segundas, en las que provienen de autores familiarizados con los planteamientos conductistas en general y skinnerianos en particular. Es el caso de Bandura,



Franks, Kanfer o Mahoney, por no citar más que algunos ejemplos, que con sus críticas han abierto vías alternativas a un conductismo más ortodoxo y radical.

Quedaría incompleta esta reflexión sobre Skinner si no se aludiera a las aplicaciones prácticas que se desprenden de su trabajo experimental. El conductismo, iniciado por Watson y perfeccionado en su formulación teórica por Hull y Tolman, alcanza con Skinner su máximo apogeo. A partir de 1950 la orientación conductista, con Skinner a la cabeza, sale del laboratorio y empieza a demostrar su enorme utilidad social en diversos campos, principalmente en el mundo de la clínica y la enseñanza.

En el ámbito de la educación normal Skinner fue el pionero de las técnicas de programación y un decidido impulsor de las aplicaciones tecnológicas

(máquinas de enseñanza) en la escuela.⁹ En Educación Especial su aportación puede calificarse de «definitiva». La aplicación de los principios del condicionamiento operante —las conocidas técnicas de modificación de conducta— a la deficiencia mental es hoy en día práctica habitual, tanto para eliminar comportamientos inadecuados o disfuncionales (agresividad, estereotipias motoras, hiperactividad, etc.), como para facilitar el aprendizaje de hábitos de autonomía, habilidades de socialización y en general de cualquier tipo de conducta adaptativa.¹⁰ Estas técnicas, asimismo, han demostrado sobradamente su eficacia en el tratamiento de las alteraciones del lenguaje.

En el ámbito de la salud mental la aplicación de los principios operantes adquiere su fundamento a partir de la interpretación skinneriana de la

conducta anormal. La conducta patológica no se distingue, en opinión de Skinner, de cualquier otra forma de conducta, de modo que también es resultado del aprendizaje y por tanto de sus relaciones con el medio. El «desaprendizaje» implica analizar esas relaciones, descubrir las condiciones (refuerzos) de las que es función y, finalmente, proceder a su modificación. Existen interesantes modelos conductuales, en términos estrictamente operantes, de entidades nosológicas como la esquizofrenia (Ullmann y Krasner, 1969) o la depresión (Ferster, 1973, Lewinsohn, 1974).

Históricamente las técnicas operantes fueron utilizadas por primera vez (complementando las terapéuticas físicas) con psicóticos institucionalizados, grupo de pacientes tradicionalmente muy resistente a cual-

quier forma de intervención psicológica. En este marco se inscribe el trabajo de Ayllon y Azrin, y el inicio del procedimiento de la «economía de fichas», cuyo empleo se generalizó rápidamente en otros ambientes cerrados y no exclusivamente clínicos.

Con el paso del tiempo las técnicas operantes se han visto ampliadas con otros recursos y procedimientos que se derivan del condicionamiento clásico y de otras especialidades distintas a la psicología del aprendizaje (motivación, pensamiento, psicología social...).¹¹ De esta forma, y amparándose en la eficacia demostrada, la «terapia de conducta» ha ampliado notablemente su campo de acción, hasta incluir la extensa gama de trastornos neuróticos. En la actualidad puede decirse, sin caer en la exageración, que cualquier alteración es susceptible de una intervención conductual.

Parte de la grandeza de Skinner reside, como escribe Wolman, «en su decisión de no ir más allá de los datos observables»¹², y a partir de ahí todo el progreso que su sistema ha posibilitado, tanto en la vertiente «continuista», integrada por autores fieles a los principios skinnerianos, como en la corriente crítica o «rupturista»,¹³ con el desarrollo de concepciones y procedimientos alternativos (de corte principalmente cognitivo) que han contribuido a enriquecer el movimiento conductista.

Skinner está, sin lugar a dudas, entre los psicólogos de mayor prestigio y reconocimiento; de casi todos sus libros existen ediciones en castellano. Aún así, paradójicamente, es uno de los autores más «desconocidos». Creo sinceramente que no hay mejor recuerdo y homenaje que intentar acercarse a él a través de la lectura de su obra.

NOTAS Y REFERENCIAS

1. SKINNER, B. F.: «La conducta de los organismos. Un análisis experimental». Ed. Fontanella, 1975, pág. 20 (edición original de 1938).
2. Idem., pág. 20.
3. Sobre este punto de la obra de Skinner existen numerosos malentendidos y confusiones. El lector interesado puede hallar una explicación clara y documentada en el excelente prólogo de J. CRUZ al libro de Skinner: «Aprendizaje y comportamiento. Una antología», editado por Martínez Roca en 1985 (edición original del mismo año).
4. SKINNER, B. F.: «Ciencia y conducta humana». Ed. Fontanella, 1974 (3.ª edición), pág. 204 (edición original de 1953).
5. WOLMAN, B. B.: «Teorías y sistemas contemporáneos en Psicología», Ed. Martínez Roca, 1972, pág. 166.
6. SKINNER, B. F.: «Más allá de la libertad y la dignidad». Ed. Fontanella, 1980 (4.ª edición), pág. 59 (edición original de 1971).
7. Una revisión de las principales críticas que se han formulado a los enfoques basados en el aprendizaje y al skinneriano en particular, puede encontrarse en el libro de PERVIN, L. A.: «Personalidad: Teoría, diagnóstico e

investigación». Ed. D. D. B., 1978, cap. 8, págs. 425-436.

8. ROGERS, C. R. y SKINNER, B. F.: «Some issues concerning the control of human behavior: A symposium». Science, 1956, número 124, páginas 1.057-1.066.

9. Para profundizar en este apartado de la obra de Skinner es de lectura obligada su libro: «Tecnología de la enseñanza», editado por Labor en 1970 (edición original de 1968).

10. El lector interesado en las aplicaciones del condicionamiento operante al tratamiento del retraso mental puede acudir a los trabajos de BIJOU, S. W. y BAER, D. M., discípulos de Skinner y expertos en el tema. También se puede consultar el libro de RIBES, E.: «Técnicas de modificación de conducta. Su aplicación al retardo en el desarrollo». Ed. Trillas, 1972.

11. Un cuadro esquemático de este conjunto de adscripciones teóricas y técnicas que se engloban bajo el epígrafe de «terapia conductual» (behavior therapy), puede encontrarse en los apuntes de PELECHANO, V. sobre «Psicoterapia y modificación de conducta», editados por la Facultad de Psicología en el curso 1981-82.

12. WOLMAN, B. B. (obra ya citada) pág. 167.

13. Estos adecuados y clarificadores términos son debidos a Pelechano.



DISTEST

DISTRIBUCION DE TESTS PSICOLOGICOS Y MATERIAL PSICOTECNICO: TEA Y MEPSA

Calle Bélgica, 24, 1.º, 2.ª - Teléfono 360 63 41 - 46021-VALENCIA

- MATERIAL PSICOTÉCNICO
- INFORMÁTICA Y AUDIOVISUALES
- Tests
- MATERIAL DIDÁCTICO
- Equipos de conductores
- CURSOS MONOGRÁFICOS
- Bibliografía
- AULA Y DESPACHOS EN ALQUILER
- BIOFEEDBACK

HORARIO: Lunes a viernes, de 9.30 a 13.30 y de 16 a 20 h.